

## CAPITULO II

### EFECTO DEL AUMENTO DE POBLACIÓN SOBRE LA DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA

<sup>1</sup> La manera como el crecimiento de la población aumenta la renta, según la explican e ilustran los tratados corrientes, es que la mayor demanda de subsistencias lleva por fuerza la producción a suelo inferior o a puntos de inferior productividad. Es decir, que, si con una población dada, el margen del cultivo es 30, todas las tierras de poder productivo superior a 30 pagarán renta. Si la población duplica, requiérese un mayor abastecimiento, que no puede obtenerse sin extender el cultivo, lo cual hará que paguen renta tierras que no la pagaban antes. Si el límite se extiende hasta 20, todas las tierras comprendidas entre 20 y 30 darán renta y tendrán valor, y toda tierra superior a 30 dará mayor renta y alcanzará mayor valor.

<sup>2</sup> Este es el apoyo dado a la doctrina de Malthus por las exposiciones corrientes de la teoría de la renta, según manifesté al enumerar las causas que habían conspirado para procurar a dicha doctrina un dominio casi absoluto en la opinión general. Con arreglo a la teoría de Malthus, la presión de la población sobre las subsistencias se hace progresivamente más violenta a medida que la población crece, y aunque con cada nueva boca vienen al mundo dos manos, a las nuevas manos se les hace cada vez más difícil, para usar el lenguaje de John Stuart Mill, abastecer las nuevas bocas. Según la teoría de Ricardo, la renta procede

de la diferencia en productividad de las tierras en uso; y con arreglo a la explicación de Ricardo y de los economistas que le han seguido, el aumento de la renta que, según la experiencia demuestra, acompaña al aumento de población, es debido a la imposibilidad de procurarse más alimento salvo a mayor coste, lo cual fuerza el margen de la población a puntos de producción cada vez más bajos, aumentando proporcionalmente la renta. Así, las dos teorías, según he explicado antes, están hechas para armonizar y fundirse; la ley de la renta no viene a ser sino una aplicación particular de la ley más general enunciada por Malthus, y el aumento de la renta al desarrollarse la población, es una prueba de su irresistible acción. Aludo a esto incidentalmente, porque ahora es el momento oportuno de ver el error que ha incorporado la doctrina de la renta a la defensa de una teoría a la cual en realidad no ampara. La teoría de Malthus ha sido ya refutada, y acabaremos de convencernos de su falsedad, evitando que surja el más pequeño asomo de duda, cuando se demuestre, más adelante, que el fenómeno atribuido a la presión de la población contra la subsistencia se presentaría también, bajo las actuales condiciones, donde la población permaneciese estacionaria.

3 El error a que ahora me refiero y que es necesario aclarar para comprender bien el efecto del aumento de población sobre la distribución de la riqueza, es la presunción, expresa o tácita, en todos los razonamientos corrientes sobre la renta en relación con la población, de que el recurrir a más bajos puntos de producción entraña un menor producto total proporcionalmente al trabajo empleado; aunque el que no sucede siempre así, se reconoce de un modo claro respecto a los adelantos en agricultura, de los cuales se dice, para usar las palabras de Mill, "que son considerados como una parcial relajación de las ligaduras que limitan el aumento de población". Pero no entraña aquello ni siquiera donde no hay adelanto en la técnica; y donde el recurrir a puntos más bajos de producción es claramente el resultado de

la mayor demanda de una población más numerosa. Porque el aumento de población, por sí mismo, sin adelanto alguno en la técnica, implica un mayor aumento en el poder productivo del trabajo. El trabajo de cien hombres, en igualdad de las demás circunstancias, produciría mucho más de cien veces el trabajo de un hombre solo, y el trabajo de mil hombres mucho más que diez veces el trabajo de cien hombres; y así, cada par de manos adicional que el aumento de población trae, aumenta más que proporcionalmente el poder productivo del trabajo. Así, pues, con una población creciente, puede recurrirse a puntos de producción natural más bajos, no sólo sin reducir en nada el promedio de producción de riqueza relativamente al trabajo, sino sin disminución alguna en el punto inferior. Si la población duplica, la tierra de una capacidad productiva sólo de 20 puede producir con la misma suma de trabajo tanto como la tierra de capacidad 30 podía producir antes. Porque no se debe olvidar (como frecuentemente se olvida) que la capacidad productiva, ya sea de la tierra, ya del trabajo, no debe medirse con respecto a una sola cosa, sino a todas las cosas deseadas. Un colono y su familia pueden cosechar tanto grano en un terreno cien millas distante de la habitación más próxima como podrían recoger si su tierra estuviese en el centro de un distrito populoso. Pero en el distrito populoso, con el mismo trabajo, podrá lograr tan buen vivir en una tierra mucho más pobre o en una tierra de igual calidad, después de pagar una renta elevada, porque, en medio de una población numerosa, su trabajo se habrá hecho mucho más eficaz, no quizá en la producción de grano, sino en la producción de riqueza en general —en la obtención de todas las mercancías o servicios que son el verdadero objeto de su trabajo.

4 Pero aun allí donde hay una disminución en la productividad del trabajo en el punto inferior —es decir, donde la creciente demanda de riqueza ha llevado la producción a un punto de productividad natural más bajo que aquel en que el aumento del poder del trabajo por crecimiento de población bastaría para

mantenerla—, no se sigue que la total producción, comparada con el total trabajo, haya disminuido.

Supongamos tierra de calidades decrecientes. La mejor, naturalmente, sería colonizada primero, y a medida que la población aumentase, la producción se extendería a la de inferior calidad, y así sucesivamente. Pero, como el aumento de población, permitiendo mayores economías, aumenta la eficacia del trabajo, la causa que pone en cultivo cada calidad de tierra sucesivamente, aumentaría al mismo tiempo la suma de riqueza que la misma cantidad de trabajo podría producir en ella. Pero haría aún más que esto: aumentaría el poder de producir riqueza sobre todas las tierras superiores ya en cultivo. Si las relaciones de cantidad y calidad fueran tales que el incremento de población aumentase la eficacia del trabajo más aprisa que la necesidad de recurrir a calidades de tierra menos productivas, aunque el margen del cultivo bajase y la renta subiese, el mínimo de recompensa del trabajo aumentaría. Es decir, aunque los salarios disminuyesen en proporción, aumentarían en cantidad. El promedio de la producción de riqueza aumentaría. Si las relaciones fuesen tales que la mayor eficacia del trabajo fuera exactamente compensada por la menor productividad de la tierra a medida que fuese puesta en uso, el efecto del incremento de población sería aumentar la renta mediante la baja del margen del cultivo, sin reducir los salarios en cuanto a cantidad, y aumentar el promedio de producción. Si suponemos ahora que la población sigue aumentando, pero que entre la tierra en uso de calidad más pobre y la de calidad inferior inmediata haya una diferencia tan grande que no puede compensarla el mayor poder del trabajo originado por el crecimiento de la población que la hace poner en cultivo, el rendimiento mínimo del trabajo será reducido y, con el aumento de la renta, los salarios bajarán no sólo en proporción, sino también en cantidad. Pero, a menos que el descenso en calidad de la tierra sea mucho más rápido de lo que podemos imaginar razonablemente y de lo que, según creo, ha ocurrido nunca,

el promedio de la producción seguiría aumentando, porque la mayor eficacia proveniente del crecimiento de la población, que compele a recurrir a tierras de inferior calidad, afecta a todo trabajo, y la ganancia en las tierras superiores compensaría con exceso la menor producción en la de inferior calidad últimamente puesta en cultivo. La total producción de riqueza, comparada con el total trabajo empleado, sería mayor, aunque su distribución sería más desigual.

6 Así, el aumento de población, al par que extiende la producción a planos naturales más bajos, obra también aumentando la renta y reduciendo los salarios en proporción, y puede o no disminuirlos en cantidad; mientras que rara vez puede reducir, y probablemente nunca lo ha hecho, la producción total de riqueza comparada con el total trabajo empleado, sino que, por lo contrario, la aumenta, y con frecuencia la aumenta mucho.

7 Pero aunque el aumento de la población aumenta así la renta por deprimir el margen del cultivo, es un error considerar esto como el único modo por el cual la renta avanza a medida que la población crece. Aumentando la población, aumenta la renta sin reducir el margen del cultivo; y, a pesar de la opinión de escritores tales como McCulloch, quien afirma que la renta no surgiría donde hubiese una ilimitada extensión de tierra igualmente buena, la aumenta independientemente de las cualidades naturales de la tierra, porque los mayores poderes de la colaboración y del cambio, que acompañan al aumento de población, son equivalentes a una mayor capacidad de la tierra; más aún, creo que sin metáfora podemos decir que le dan mayor capacidad.

8 No quiero decir sólo que, cual una mejora en los métodos o herramientas de la producción, el mayor poder originado por el aumento de población permita obtener del mismo trabajo un resultado mayor, que es equivalente a un aumento en los poderes naturales de la tierra; sino que infunde al trabajo un poder superior, poder que es localizado sobre la tierra, que se adhiere no al trabajo en general, sino solamente al trabajo ejecutado en una

tierra determinada, y que se une tan íntimamente a la tierra como cualquier cualidad del suelo, clima, yacimientos minerales o situación general, y se transmite, como éstas, con la posesión de la tierra.

Una mejora en el procedimiento de cultivo que, con el mismo gasto, diese dos cosechas al año en vez de una, o una mejora en herramientas y máquinas que duplicasen el resultado del trabajo, produciría, evidentemente, en una determinada parcela el mismo efecto respecto del producto que duplicar la fertilidad de la tierra. Pero la diferencia consistirá en esto: la mejora en los procedimientos o en las herramientas puede ser utilizada en cualquier tierra; pero la mejora en fertilidad sólo puede ser utilizada en la particular tierra a que se aplica. Ahora bien, en gran parte, el aumento de productividad del trabajo que proviene del aumento de población, sólo puede ser utilizado sobre una particular tierra, y sobre esa particular tierra en grados que difieren mucho.

Imaginémonos una pradera ilimitada que se extiende en una continua igualdad de pastos y flores, árboles y arroyos, hasta cansar al viajero con su monotonía. Llega la carreta del primer inmigrante. Dónde se establecerá, no puede decirlo —cada acre le parece tan bueno como cualquier otro acre—. En cuanto a madera, al agua, a fertilidad, a situación, no hay elección posible, y está aturdido por la perplejidad de la abundancia. Fatigado de buscar un lugar mejor que los demás, se detiene —en alguna parte, en cualquier parte— y comienza a construirse un hogar. El suelo es virgen y rico, la caza abunda, los riachuelos centellean con las más hermosas truchas. La Naturaleza está en su apogeo. El inmigrante tiene allí lo que en una comarca populosa le haría rico; pero es muy pobre. No hablemos de anhelos espirituales que le harían dar la bienvenida al forastero más taciturno; trabaja con todas las desventajas naturales del aislamiento. No puede obtener auxilio temporal para ningún trabajo que requiera un conjunto de fuerzas mayor del que puede obtener de su propia familia, o más ayuda que la que de un modo permanente

pueda mantener. Aunque tiene ganado, no puede tener a menudo carne fresca, porque para obtener un bistec necesita matar un buey. Ha de ser su propio herrero, carretero, carpintero y zapatero remendón; en una palabra: un "aprendiz de todos los oficios y maestro en ninguno". No puede dar instrucción a sus hijos, porque, para hacerlo, él por sí solo habría de pagar y mantener un maestro. Las cosas que no puede producir por sí mismo, tiene que comprarlas en grande y tenerlas a mano, o pasarse sin ellas, porque no puede estar constantemente abandonando su trabajo y haciendo una larga jornada hasta los confines de la civilización; y cuando se ve obligado a hacerlo, el adquirir un frasco de medicamento o reemplazar una herramienta rota le cuesta el trabajo suyo y de sus caballos durante días. En tales circunstancias, aunque la Naturaleza es pródiga, el hombre es pobre. Es cosa fácil para él sustentarse; pero, por cima de esto, su trabajo sólo le permitirá satisfacer las más elementales necesidades de la manera más rudimentaria.

11 Pronto llega otro inmigrante. Aunque cualquier otra parcela de la extensa llanura es tan buena como las demás, no se verá asaltado por ninguna vacilación acerca de dónde establecerse. Aunque la tierra es la misma, hay allí un sitio que para él es claramente mejor que cualquier otro lugar: aquel donde ya hay un colono y él puede tener un vecino. Se instala junto al primer llegado, cuya situación a la vez mejora grandemente, y a quien ahora serán posibles muchas cosas que antes le eran imposibles, porque dos hombres pueden ayudarse mutuamente para hacer cosas que uno solo nunca podría hacer.

12 Llega otro inmigrante y, guiado por la misma atracción, se instala donde ya hay dos. Otro, y otro, hasta que en torno de nuestro primer colono hay una veintena de vecinos. El trabajo tiene ahora una eficacia que, en la soledad, no podía alcanzar. Si hay que hacer alguna obra pesada, reunidos realizan en un día lo que individualmente hubiera exigido años. Cuando uno mata un buey, los otros participan de él, devolviendo su parte cuando

ellos a su vez matan, y así hay carne fresca en todo tiempo. Juntos contratan un maestro de escuela, y los hijos de cada uno se instruyen por una fracción de lo que una enseñanza análoga hubiera costado al primer colono. Se hace cosa relativamente fácil enviar al pueblo más cercano, porque siempre hay alguno que vaya. Pero también son menos necesarios tales viajes. Un herrero y un maestro carretero abren pronto allí sus talleres, y nuestro colono puede recomponer sus herramientas por una pequeña parte del trabajo que antes le costaba. Se abre una tienda, y él puede adquirir lo que necesita y a medida que lo necesita; una oficina de correos, pronto añadida, le provee de comunicación regular con el resto del mundo. Vienen un remendón, un carpintero, un guarnicionero, un médico, y pronto surge una pequeña iglesia. Se hacen posibles las satisfacciones que, en el estado de aislamiento, eran imposibles. Hay deleites para la naturaleza social e intelectual, para la parte del hombre que se eleva por cima del animal. El poder de la simpatía, el sentimiento de compañerismo, el estímulo de la comparación y el contraste ofrecen una vida más amplia, más plena y más variada. En la alegría hay otros para alegrarse; en la tristeza, los afligidos no gimen solos. Hay tertulias para desgranar el maíz, para pelar las manzanas y para hacer colchas. Aunque el salón de baile esté sin enlucir y la orquesta limitada a un violín, la melodía tiene notas mágicas y Cupido baila con los que bailan. En la boda hay otros que admiren y disfruten; en la casa del muerto hay quienes velen; junto a la tumba abierta está la humana compasión para confortar a los que lloran. Alguna vez llega de fuera un conferenciante andariego para mostrar vislumbres del mundo de la Ciencia, de la Literatura o del Arte; en tiempo de elecciones llegan oradores al aire libre, y el ciudadano se eleva a un sentimiento de dignidad y poder, cuando la causa pública es examinada ante él en la lucha entre Juan Doe y Ricardo Roe por alcanzar su apoyo y su voto; y andando el tiempo llega el circo, anunciado meses antes, abriendo a los muchachos, cuyo horizonte ha sido la pradera, todos los



reinos de la imaginación: príncipes y princesas de cuentos de hadas, cruzados vestidos de cota de malla y moros con turbante, el coche encantado de la Cenicienta y gigantes de los cuentos infantiles; leones como los que se humillaron ante Daniel, o como los que en la arena del anfiteatro romano despedazaban a los santos de Dios; avestruces que evocan los arenosos desiertos; camellos como los que pacían en torno, cuando los perversos hermanos sacaron del pozo a José y lo vendieron como esclavo; elefantes como los que cruzaron los Alpes con Aníbal, o los que sintieron la espada de los Macabeos; y música gloriosa que estremece y crea en los ámbitos de la mente, como se alzó la radiante cúpula de Kubilai Khan.

13 Id ahora a nuestro colono y decidle: "Tiene usted tantos árboles frutales plantados por usted; tanta cerca, un pozo, un granero, una casa; en una palabra: usted, con su trabajo, ha añadido tanto valor a esta hacienda. Su tierra, en sí misma, no es tan buena como antes. Usted le ha sacado cosechas, y dentro de poco ella necesitará abono. Yo le daré todo el valor de sus mejoras si usted me las entrega y se va otra vez con su familia más allá del límite de esta colonia." Se reirá de vosotros. Su tierra no produce más grano o más patatas que antes; pero le rinde mucho más que antes, de las cosas necesarias o convenientes para la vida. No sacará de ella con su trabajo cosechas más abundantes, ni probablemente cosechas que valgan más; pero sacará mucho más de todas las otras cosas por las cuales trabajan los hombres. La presencia de otros colonos —el aumento de población— ha aumentado la productividad, en todas esas cosas, del trabajo empleado sobre esta tierra, y tal aumento de productividad da a esta tierra ventajas sobre la tierra de iguales condiciones naturales todavía no ocupada por colonos. Si no queda tierra alguna por apropiarse, excepto alguna que diste de poblado tanto como distaba la tierra de nuestro colono cuando primeramente llegó a ella, el valor o renta de esta tierra se medirá por el conjunto de las capacidades añadidas. Si, por lo contrario, como hemos su-

puesto, hay una continua extensión de tierra igual sobre la cual se va extendiendo la población, un nuevo colono no necesitará ir hasta la soledad, como hizo el primero. Se instalará al lado de los otros colonos y obtendrá la ventaja de la vecindad de éstos. El valor o renta de la tierra de nuestro colono dependerá así de la superioridad que, por ser el centro de la población, tiene sobre la de los límites. En el primer caso, el margen de la producción permanecerá como antes. En el otro, el margen de la producción se elevará.

La población sigue aumentando, y a medida que aumenta crecen también las economías que su aumento permite, y que realmente acrecen la productividad de la tierra. La tierra de nuestro primer colono es el centro de la población, por lo que la tienda, la fragua del herrero, el taller del carretero se hallan instalados sobre ella o en sus cercanías, donde pronto surge una aldea que crece rápidamente hasta ser una ciudad, el centro del comercio de los habitantes de toda la comarca. Con una productividad agrícola no mayor que la que tenía al principio, esta tierra comienza ahora a desenvolver una productividad de más alta clase. Empleado el trabajo en cosechar cereales o patatas, no produciría más cosas de éstas que al principio; pero el trabajo empleado en las subdivididas ramas de la producción que requieren la proximidad de otros productores, y, sobre todo, el trabajo empleado en aquella parte final de la producción que consiste en la distribución, dará rendimientos mucho mayores. El cultivador de cereales puede ir más lejos y encontrar tierra sobre la cual su trabajo producirá tanto trigo y casi tanta riqueza; pero el artesano, el manufacturero, el tendero, el profesional, encuentra que su trabajo empleado aquí, en el centro de los cambios, le producirá mucho más que si lo emplea fuera de aquí, aunque sea a poca distancia. Y este aumento de productividad para tales empleos, el propietario puede reclamarlo, exactamente lo mismo que reclamaría un aumento de poder para la producción de trigo. Así, nuestro colono puede vender como solares unos pocos acres

suos por precios que no hubiera obtenido por tierras de labor, aunque la fertilidad de éstas se hubiera multiplicado muchas veces. Con el producto de esa venta se construye para sí propio una hermosa casa y la amuebla espléndidamente. Es decir, reduciendo la transacción a sus términos más simples, las gentes que desean usar la tierra, le construyen y amueblan la casa, a condición de que él les permita aprovecharse de la superior productividad que el aumento de población ha dado a la tierra.

15 Todavía sigue aumentando la población, haciendo más y más útil la tierra y proporcionando más y más riqueza a su propietario. La aldea ha crecido hasta ser una ciudad —un San Luis, un Chicago o un San Francisco—, y sigue creciendo. Aquí se realiza la producción en gran escala con la maquinaria más perfecta y las mayores facilidades; la división del trabajo se hace en extremo minuciosa, multiplicando prodigiosamente su eficacia. Los cambios son de tal volumen y rapidez que se hacen con el mínimo de roces y de pérdidas. Aquí está el corazón, el cerebro, del vasto organismo social nacido del germen de la primera colonización; aquí se ha desarrollado uno de los grandes ganglios del mundo humano; aquí concurren todos los caminos; aquí acuden todas las corrientes; a través de todas las vastas regiones circundantes. Si tenéis algo que vender, aquí está el mercado; si tenéis algo que comprar, aquí está el almacén más amplio y mejor surtido; aquí la actividad intelectual se agrupa en un foco, y aquí brota el estímulo que nace del choque de las ideas; aquí están las grandes bibliotecas, almacenes y graneros de la cultura, los doctos profesores y los especialistas famosos; aquí hay museos y galerías de arte y colecciones de aparatos científicos y todas las cosas raras y valiosas, las mejores de su clase; aquí vienen de todo el mundo los grandes actores, oradores y cantantes; éste es, en una palabra, un centro de la vida humana en todas sus variadas manifestaciones.

16 Tan enormes son las ventajas que ahora ofrece esta tierra para la aplicación del trabajo, que, en algunos sitios, en vez de un

hombre con un par de caballos arañando la superficie de unos acres, podéis contar miles de trabajadores por acre, trabajando hilera tras hilera sobre pavimentos que se alzan unos sobre otros, cinco, seis, siete y ocho pisos sobre el suelo, mientras que bajo la superficie de la tierra palpitan máquinas con pulsaciones que ejercen la fuerza de miles de caballos.

<sup>17</sup> Todas estas ventajas se adhieren a la tierra. Es sobre esta tierra, y no sobre otra, sobre la que pueden ser utilizadas, porque aquí está el centro de la población, el foco de los cambios, el mercado y el taller de las más altas formas de la industria. Los poderes productivos que la densidad de población ha adscrito a esta tierra equivalen a centenares y millares de veces su fertilidad original. Y la renta, que mide la diferencia entre esta productividad, aumentada y la de la tierra en uso menos productiva, ha crecido en igual proporción. Nuestro colono, o el que le haya sucedido en sus derechos, es ahora un millonario. Como otro Rip van Winkle, ha podido estar acostado y durmiendo. Sin embargo, es rico; no por lo que él haya hecho, sino por el aumento de población. Hay parcelas en las cuales por cada pie de fachada el propietario puede sacar más de lo que un artesano puede ganar por término medio; hay trozos que venderá en más de lo suficiente para cubrirlos con monedas de oro. En las principales calles hay altivos edificios de granito, mármol, hierro y cristal, fabricados de la manera más costosa y llenos de toda clase de comodidades. Y, sin embargo, no valen tanto como la tierra sobre que están construidos, la misma tierra, en nada cambiada, que, cuando vino a ella nuestro primer colono, no valía nada.

<sup>18</sup> Que éste es el modo como el aumento de población actúa poderosamente aumentando la renta, quienquiera que mire a su alrededor, en un país progresivo, puede verlo por sí propio. El proceso se realiza ante nuestros ojos. La creciente diferencia en la productividad de la tierra en uso, que da origen a un aumento creciente en la renta, resulta no tanto de las necesidades de la población aumentada, que obliguen a recurrir a tierra inferior,

como del propio aumento de productividad que el aumento de población da a la tierra ya en uso. Las tierras más caras del globo, las tierras que producen más alta renta, no son tierras de superior fertilidad natural, sino tierras a las que el aumento de población ha dado una superior utilidad.

19 El aumento de productividad o utilidad que el aumento de población da a ciertas tierras, del modo sobre el que hemos llamado la atención, se adhiere, por decirlo así, a la mera cualidad de la extensión. La cualidad valiosa de la tierra que se ha convertido en un centro de población está en su capacidad superficial, sin que haga diferencia alguna el que sea suelo fértil aluvial como el de Filadelfia, tierra de rico subsuelo como la de Nueva Orleans, un pantano terraplenado como la de San Petersburgo, o un desierto arenal como la mayor parte de San Francisco.

20 Y donde el valor parece provenir de superiores cualidades naturales, tales como agua profunda y buen anclaje, ricos yacimientos de carbón y hierro, o buena madera de construcción, la observación también muestra que estas superiores cualidades han sido destacadas, hechas tangibles, por la población. Los yacimientos de carbón y hierro de Pensilvania, que hoy valen tan enormes sumas, carecían de valor hace cincuenta años. ¿Cuál es la causa eficiente de esa diferencia? Sencillamente la diferencia en población. Los filones de carbón y hierro de Wyoming y Montana, que hoy carecen de valor, valdrán millones y millones dentro de cincuenta años, sencillamente porque, entretanto, la población habrá aumentado mucho.

21 Esta nave en que viajamos por el espacio está bien abastecida. Si el pan y la carne parecen escasear sobre cubierta, no tenemos sino que abrir una escotilla, y allí hay una nueva provisión, en la cual antes no habíamos soñado. Y adquieren muy gran poder sobre los servicios de los demás aquellos a quienes, al abrirse las escotillas, se les permite decir: "esto es mío".

22 En resumen: el efecto del aumento de población sobre la distribución de la riqueza es aumentar la renta (y, en consecuen-

cia, disminuir la proporción del producto que va al capital y al trabajo) de dos maneras: primera, bajando el margen del cultivo; segunda, poniendo en vigor en una determinada tierra capacidades especiales, de otro modo latentes, y adhiriendo especiales capacidades a determinadas tierras.

Me inclino a pensar que el último modo, al cual tan poca atención han prestado los economistas políticos, es realmente el más importante. Pero esto, en nuestra indagación, no es materia del momento.